

Abdul

El tiempo pasa despacio cuando estás viviendo el fin del mundo. Cuando no tienes mucho más que hacer que esperar la muerte, las horas parecen días y los días se convierten en vidas. De hecho, ves pasar la vida de mucha gente ante tus ojos desliándose lentamente, convirtiéndose en una instantánea que queda congelada en tu retina, desapareciendo para el resto del mundo en las arenas del tiempo, disolviéndose para siempre en la memoria del olvido como si nunca hubieran existido.

El efecto se acelera exponencialmente cuando eres médico en el hospital de Rafah. Lo de médico es un título que te dio una universidad en el Sur de Francia. Lo de hospital es un eufemismo, ya que el edificio apenas son cuatro paredes donde los heridos van entrando para actualizar su situación a la de moribundos. Abdul y sus compañeros ya no atienden a los casos graves. Carece de sentido. Simplemente los llevan a un ala del hospital para que sus gritos y lamentos no molesten demasiado a los heridos o a los enfermos leves. Trata las infecciones respiratorias severas de los niños con una menguante reserva de caramelos que mantenía en su consulta antes de la guerra para premiar tanto a los valientes que no lloraban con las inyecciones, como consolar a los que no podían retener las lágrimas. Como ahora no hay inyecciones, ni pastillas, ni suero, ni vendas, ni esperanza para aquellos padres que ven irse a sus hijos, lo único que puede hacer es darles algo dulce asegurándole al niño que le curará y observar como el hambre y la enfermedad aguardan agazapados tras esos enormes ojos. Con los mayores es más complejo si cabe porque para ellos solo le quedan palabras. Y piensa cuan caras se han vuelto incluso éstas, ya que la mayor parte de las veces rebusca en sus entrañas y no encuentra qué decir, cómo explicar, cómo alentar a otros cuando apenas te queda aliento para ti mismo. Y a pesar de todo, cada mañana, antes que salga el sol, Abdul se levanta, camina a pie los seis kilómetros que separan su casa de lo que queda

del hospital de Rafah y se persona tras un oxidado mostrador a pasar consulta, o entra en la sala de despiece en la que se ha convertido urgencias, según lo que le toque ese día. Abdul se sienta frente a aquellos hombres y mujeres que cada día aguardan incontables horas a que les llegue su turno, y no sabe cómo pero es mirándoles al fondo de sus ojos, nada diferentes de los de los europeos que conoció durante su etapa universitaria, donde haya las fuerzas para extraer de su alma esa palabra que sana. Es alquimia hallar las palabras, pero lo que hace con ellas se convierte en pura orfebrería que, mágicamente, sirve como bálsamo para un dolor que la mayor de las veces no tiene origen físico.

Cuando acaba su jornada vuelve a casa, andando, cabizbajo para no ver lo que le rodea porque teme que si lo hace no encontraría las fuerzas para levantarse de la cama al día siguiente. Mientras camina, los espectros de quienes han dejado el mundo ante su impotente mirada luchan por no desaparecer también de ese último refugio que les queda en la memoria del médico. Suele volver de noche y la ciudad está a oscuras completamente. La oscuridad no es una medida intencionada del gobierno palestino, porque a los aviones israelíes les da igual, ven bien en la oscuridad; simplemente es que si no hay energía para alumbrar en los quirófanos del hospital, mucho menos para encender farolas o luces en las casas.

Durante el trayecto a veces suenan las alarmas y el rugido predice la llegada del relámpago y del trueno que parten de la tierra, los edificios y las vidas de la gente. Al principio de la guerra se escuchaba el ladrido de perros atemorizados por el estruendo, pero hace tiempo que ya no se les escucha, ni gatos, ni perros. Otras, el camino está aderezado por el llanto de los que han perdido. Porque en esta guerra que no ha terminado aún y que posiblemente nunca concluya, ya hay un claro perdedor: el pueblo palestino. Ellos lo han perdido todo, su futuro, hipotecado por el

exterminio de sus hijos; su pasado, demolido por las bombas; su esperanza de paz, porque en esta tierra cada golpe espera recibir una respuesta y es por eso asestado con más furia y crueldad si cabe que el anterior.

Por ello Abdul camina lo más ligero que sus debilitados miembros por el hambre le permiten mirando al suelo para que el polvo no le deje distraerse con nada más, pero es un ejercicio de concentración difícil y la mente dolorida por el maltrato de la realidad vuelve una y otra vez a hacerle, por medio de esas imágenes que cada día renuevan el horror en su retina, la misma pregunta: ¿por qué te levantas Abdul? ¿Qué sentido tiene todo esto Abdul? Es cuando llega frente al portal de su edificio cuando la respuesta se le insinúa cada noche. Levanta la vista y precisamente es en la negrura infinita de la noche, esa que amenaza tragárselo junto con los restos de su pueblo, la que le ofrece un tesoro en forma de miles, millones de puntos de luz. Estrellas. Abdul se extasía cada noche frente a ese sencillo espectáculo. Antes de la guerra la iluminación de la populosa ciudad no se lo permitía ver. Ahora está ahí frente a él, por todas partes.

Abdul es un buen médico, es joven, es un hombre de ciencia, pero no alcanza a comprender el motivo por el cual ante esa cotidiana visión se siente parte de un todo. Busca en la ciencia, en la química de los neurotransmisores, en los recovecos del subconsciente de la psicología, pero sin suerte, porque el cuerpo no es más que una máquina perfecta atada a las reglas de la física, la química y la biología en la que no cabe espacio para encontrar respuesta a aquello que carece de explicación, que no tiene un origen físico. Busca también en su religión, pero las palabras del profeta no excavan más allá del vago concepto de la fe y a él, que se educó como un científico, se le atraganta creer sin pruebas.

Este impulso, ese sentimiento de comunión con el universo, debe tener sus raíces en algo mucho más profundo que cualquier creación humana. Las fuerzas no las saca de la magra reserva física de Abdul, es algo que se adentra mucho más en lo que él es, en lo que todos somos. Las fuerzas del joven palestino vienen desde un lugar que no tiene espacio en este mundo. Un órgano que no puede extraerse mediante cirugía, ni que pueda resultar dañado por más bombas que se arrojen sobre el cuerpo al que mueve. Es algo que le aúna con todo cuanto le rodea, su pueblo, su tierra, pero también aquellos que creen ser sus enemigos o, incluso, con los que indiferentes observan desde la distancia la tragedia. Es en su alma donde encuentra esa energía que lo hace sentir parte de un todo y le permite levantarse cada mañana y enfrentarse al ocaso.

Abdul finalmente se rinde a la única certeza que tiene: él juega su papel en este enorme teatro y no es otro que curar. Con medicinas, con caramelos o con palabras. El día que todo se acabe y ni siquiera las palabras broten de su alma ofrecerá lo único que le quede, un abrazo, una mirada, un gesto. Hasta que no le queden fuerzas o no le queden pacientes, pues ese es el motivo de su existencia, el sentido de su vida.

Broken Elbow